



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12448

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjeros.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

Administración y Redacción, Mayor 24

MARTES 5 DE MAYO DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jonas, Faubourg-Montmartre, 31.

LAS SIERVAS DE JESÚS

Decíamos ayer en nuestro artículo *Datos estadísticos*, al ocuparnos de la beneficencia domiciliar y especialmente de los meritorios servicios que prestan a la cabecera de los enfermos las Siervas de Jesús, que la labor de estas ejemplares mujeres constituye un sacrificio que pasa los límites de las fuerzas humanas.

Efectivamente; en el artículo citado dimos las cifras que esos servicios representan, en asistencias diurnas y nocturnas y es tan elevada la cifra que se eleva a varios millares.

Si el número de las que los realizan estuviera en relación con ellos, solo habría que admirar en esas humildísimas mujeres el sacrificio que hacen de su vida, dedicándose a cuidar al prójimo en sus enfermedades, sean estas de la clase que sean.

Pero hay algo que avigora el sacrificio, con ser este tan grande, y es que esos millares de asistencias se reparten entre diez y siete mujeres, que son las que existen en el asilo de esta población; gravitando sobre ellas con pesadumbre tal, que parece imposible que el cuerpo no se rinda, por grandes que sean las energías del espíritu. Solo el esfuerzo extraordinario de un alma bien templada y animada por voluntad de hierro, es capaz de hacer frente a la fatiga de trabajo tan abrumador.

Triste vida la de esas mujeres admirables. Para ellas no hay descanso. Cuatro horas de dormir y veinte de velar, ora a la cabecera del tísico, ya a la del virulento, ahora a la del que padece un ataque de tífus, más tarde a la del pulmonario, y así siempre, hoy como ayer y mañana como hoy y al

otro lo mismo y lo mismo al siguiente, sin que haya para ellas más variación en el vivir, que la que resulta de la sucesión de los enfermos necesitados de asistencia. Por lo demás, siempre el mismo cuadro: el enfermo que lucha con la muerte; la muerte misma apercibida del paciente y el espectáculo desolador reproducido de modo constante en la cabaña, en el palacio, en la modesta casa del burgués, de hijos desesperados por el fallecimiento de sus padres, de padres sin consuelo que lloran a sus hijos que acaban de morir.

Triste vida la de esas humildísimas mujeres condenadas por propia voluntad a tener siempre ante los ojos el espectáculo del dolor y la muerte. Un día la enfermedad del enfermo a quien cuidan les muere en la carne y su nombre va a aumentar la lista de aquellos a quienes cuidaron por amor de Dios.

Llevar una existencia exenta de alegrías, de esas alegrías tras las que todos vamos, ya es bastante; pero un trabajo tan abrumador como el que gravita sobre las Siervas de Jesús de Cartagena es demasiado: más que eso, horroroso.

Hace tres días, mientras el tranvía de Los Molinos nos llevaba al populoso barrio, leíamos el boletín anual sanitario del ayuntamiento; y al ver el número extraordinario de servicios prestados por las Siervas de Jesús y al observar que iban en el vehículo tres de aquellas admirables enfermeras, exclamamos: ¿Es posible que estas pobres mujeres estén dotadas de tanta resistencia?

Sin duda lo están cuando resisten; pero más valiera que se les restara trabajo y fatiga, aumentando el número.

Diez y siete son pocas. Y las asistencias son una enormidad para tan corto número.

TIJERETAZOS

Seguramente no hay en estos momentos en España quien alcance más popularidad que el ministro de la Gobernación.

Es verdad que siempre fué lo mismo: popular hasta allí.

Hace cinco meses, día más ó menos, se sentó en la poltrona con aplauso de todos. Sus adversarios también aplaudían.

Como que había ofrecido hacer una revolución desde arriba, brutalmente y otros entes más y queríamos saber lo que eso era. Como somos tan zaragateros...

Y ya lo hemos visto: en solo cinco meses, ha unificado el país, fundiendo en una sola los diez y ocho millones de aspiraciones de los diez y ocho millones de españoles.

No hay uno solo que no suspire porque se vaya Maura.

Si ora esa la revolución desde arriba le ha salido muy bien y no hay razón para considerarle fracasado.

¡Fracasado un hombre que subió al poder entre el aplauso público y va a bajar con aplauso de todos!

A ver si se registra en la historia de nuestros políticos un caso semejante, realizado en tan caxoso tiempo.

En Barcelona y con motivo de un arbitrio nuevo sobre las verduras—ó de un cien piés como le llama un periódico de aquella población,—se han declarado en huelga las verduleras.

Y un grupo de unas veinte, que se apostaron en una carretera para impedir el paso de hortalizas, arremetieron contra un carro.

El conductor se negó á bedecer y expuso argumentos que creyó de fuerza para que le franquearan el paso, pero las del grupo se encargaron en desengañarle con varias bofetadas y algún que otro palo.

Habría que oír al hombre cuando pleanse en los beneficios que nos trajeron las fragatas.

La novela de Marruecos se halla en un momento interesante. El Roghi ha sido derrotado por los imperiales.

Ya verán ustedes como hay que hacer rectificaciones.

Ni el Roghi está cerca de Tazza, ni los imperiales se han movido de Fez.

Esa acción será alguna bronca de las

múltiples que ocurren en Marruecos entre kabilas.

Si Abd-el-Azis apenas era ya sultán ¿cómo le ha podido derrotar al Roghi?

Por Olot ha triunfado un regionalista y sus amigos proyectaron darle serenata.

Efectivamente; la noche del día del escrutinio acudieron los músicos á la casa del diputado, pusieron los atriles y se dispusieron á soplar.

Lo cual que sobrevino una pedrea que agrió la serenata.

Cosas de los pueblos.

Es verdad que se trataba de gente de esa que abomina de todo lo que no es la parte allá del Ebro.

Hay pedreas que resultan patriotas.

Dice un colega:

«Es caso estupendo de falta de sentido común admirarse de que en Marruecos dure una rebelión diez años, nada menos que ¡tres meses y medio!»

¿Tan poco?

Algunos más, colega.

Pero el caso de sentido existe.

No hay más que pensar que en España pleiteó siete años el primer pretendiente y eso supera en mucho á lo que el Roghi lleva pleiteando.

Lo que pasa es que aquel pleiteador no alcanzó nada.

Y ese de Marruecos desbaratará al sultán.

Y que se quede ahí.

Porque pudiera ser que envudara á los expectadores de la greca y eso sí que sería caso estupendo de falta de sentido común.

LA ESCOLTA

DEL

'VICTORIA AND ALBERT,'

Una fuerza naval de diez y seis unidades de combate, entre ellas diez acorazados, modernísimos, todos, dan escolta al yate «Victoria and Albert», en que hace su viaje el rey de Inglaterra Eduardo VII.

Dichos buques proceden de la escuadra inglesa del Mediterráneo y están distribuidos en tres divisiones, al mando de un almirante cada una.

Comprende la primera división los acorazados «Bulwark», «London» ó «Impla-

cable», botado el último en 1898, y los demás el año siguiente.

Pertenece todos al tipo «Formidable», derivado del «Canopus», aunque de mayor tonelaje y mejor protegidos.

Las dimensiones y características principales, de dichas unidades de combate, son éstas: eslora, 131 metros, manga, 22'80, calado medio 8'30, desplazamiento 15.000 toneladas, velocidad 18 nudos por hora, capacidad de pañoles 900 toneladas (dotación normal) á 2.100 (dotación de guerra), radio de acción á la velocidad normal de 10 nudos por hora, de 3.000 millas con 900 toneladas de combustible, y de 7 mil con 2.100 toneladas.

El casco de los acorazados tipo «Formidable» está protegido por planchas de acero hervalizado de 229 milímetros por un largo de 66 metros y altura de 4'60.

La cintura en el «Bulwark», «London» y «Venerable», va disminuyendo de espesor hacia la proa hasta llegar al mínimum de 50 milímetros, mientras que en los demás, al contrario el espesor de las planchas de níquel mantiene constantemente igual desde la cintura propiamente dicha hasta el espelón.

En toda su longitud, y de una á otra banda, tienen esos buques dos cubiertas acorazadas, la superior de espesa de tortuga, con espesor variable de 60 á 75 milímetros, y la inferior de 37 á 50, según los pantos.

Las dos torres de mando son de plancha de 355 milímetros en la parte anterior, y de 76 en la posterior.

El armamento se compone de:

4 cañones de 305 milímetros, 46 toneladas montadas sobre careñas Viekers, acopladas en torres acorazadas de 305 milímetros.

12 cañones de 152 milímetros, calibre 45, modelo de 1899, de tiro rápido, simplificados en casamatas de acero hervalizado, muchos de los cuales se hallan en la cubierta principal y 4 en la superior.

16 cañones de 76 milímetros en los costados, 8 en la batería ó cubierta principal y 8 en la superior.

2 cañones de desembarco, de 75 milímetros.

6 cañones de 47 milímetros en las cofas.

8 ametralladoras Maxim.

4 tubos lanzatorpedos de 457 milímetros.

El aparato motor consta de dos máquinas de triple expansión y tres cilindros; el

me agrada; me gusta más su madrastra, que es un ángel de bondad, y no la perdono lo ingrata que es para ella.

Mientras esto pasaba, Estefanía, después de haber hecho servir el té á todos, fué á llevar una taza á su madre, preparada por ella con el mayor cuidado y según su gusto.

¡Qué encantadora es esta solicitud! exclamó madama Clairange mirándola; nada embellece tanto á una jóven como los cuidados que prodiga á su madre; es la más segura de las coquetterías. Hé ahí lo que no he podido conseguir nunca de Valentina. No ha tenido para mí ninguna atención, y el cielo sabe lo mucho que su frialdad me ha hecho padecer.

—Me dejáis atónita, dijo madama de Tentvenel. Hace un año, cuando Estefanía estuvo enferma, fué testigo de los cuidados de Valentina con su amiga, y sería una madre ingrata si la dejase acusar de negligente.

Edgar escuchó con gran interés toda esta conversación, demasiado insignificante en la apariencia; y cuando se alejó, se admiró de lo mucho que pensaba en esto. Valentina, á la vez tan triste y tan risueña, tan gaminó y tan ligera, tan indiferente y tan amable; y concebía que los dos títulos más grandes para prevenirle en su favor, eran haber desagradado á Mr. Narvaux y ser amada por Estefanía.

una mujer que se había convertido en sátira viviente contra su madre? Nunca la pudo perdonar la osadía de reemplazarla. Cada vez que se pronunciaba delante de ella el nombre de madama Clairange, que era el de su madre, se la veía estremecerse y á menudo lágrimas de pena y de despecho asomaban á sus ojos.

Las gentes la echaban en cara su indiferencia con su madrastra, y la pena que se dio á separarse de ella casándose á la edad de diez y siete años con el marqués de Champlery, viejo y ya que no tanta más que una mediana fortuna, ni podía ofrecerle otro porvenir que una vida monótona y retirada en lo más apartado de las montañas de la Auvernia.

Mrs. Clairange empleó todos los recursos que se pudo valer para impedir este matrimonio, que la privaba de su más bello adorno, de su más ventajosa posición, de esta prueba patética de las virtudes que con tanto trabajo se había adquirido, y que, por su mínima importancia, la dispensaba de hacer plaza de otras menos extraordinarias. Mas como no tenía ningún mando sobre Valentina, este matrimonio se realizó. Bien pronto sus esperanzas, perdidas aparecieron de nuevo: Mr. de Champlery murió.

Púsose en camino inmediatamente para reunirse con su jóven viuda, y hacer estímulos esfuerzos para que volviera á vivir en su compañía. Valentina se resistió cuanto pudo; pero, en fin, vencida por sus

XI



La impresión que le había dejado esta coirée de apareció bien pronto: Edgar, engañado, desconfió en sus sentimientos, volvió á su vida disipada; pero, siempre desengañado en sus ilusiones, siempre castigado en sus esperanzas, concibió por concebir tal rencor contra su fatal antecesor, que resolvió no volver á servirle de él.

Le encerró en un cajón de su secretar, y el día que salió sin él se sentía aliviado de un gran peso, como quien se desembaraça de un suujo importuno.